

La poesía como transmutación

Entre árboles y piedras

YENNY LEÓN

Planeta, Bogotá, 2013, 65 págs., il.

CUANDO LEEMOS a un joven poeta nos gusta resguardarnos en ciertos hábitos. En primer lugar, somos tolerantes y pacientes. Nos sentamos en una especie de escaño magistral para leer esa poesía que quiere expresarse de una manera nueva y audaz o elemental y profunda. Si eso se nos pide, tratamos de aconsejar, de abrir espacios que el poeta novicio no conoce y que nosotros, un poco ingenuamente, pensamos que es allí por donde esa nueva percepción del mundo debe dirigirse. Como si la poesía y su amanuense no fueran el territorio de lo singular y lo arriesgado, de los solitarios abismos, de las temerarias desventuras del yo.

Yenny León es una de esas autoras jóvenes que desconciertan. Generan una impresión que conduce de inmediato a aquella premisa sabida más o menos por todos: la poesía no es más que un arduo aprendizaje del dolor y la felicidad de la vida en soledad. No es mucho —dos libros y unos cuantos poemas dispersos en revistas— lo que ha publicado León hasta ahora. Su *Tríptico*, obra con la que obtuvo el primer premio de poesía joven del Festival Internacional de Poesía de Medellín, en 2011, posee una madurez rotunda. Por lo tanto, al leer *Entre árboles y piedras* se constata la continuación de esta madurez prodigiosa. Y me atrevo a decir “prodigiosa” porque se trata de una poeta que apenas inicia. Con Yenny León pasa algo parecido a lo que sucede con Albert Camus y su libro *Bodas*. Ambos son libros de jóvenes ansiosos de luz que terminan subyugados por el ímpetu de la oscuridad de la tierra. En cierta medida, son como Ícaros que anhelan el vuelo y el sol y terminan cayendo entre las grietas de la piedra. *Bodas* de Camus es un abrazo entre resplandor y ruina, y *Entre árboles y piedras* de León es la confluencia de la rudeza mineral con el árbol sinuoso.

Generalmente lo que más atrae al lector de ese dualismo existencial es el vacío y la oquedad. Aunque el otro, el

de la luz ante la ruina, o el del valiente árbol que se enfrenta al peñasco y al barranco, es quizás más consolador. De esta suerte de bondad me gustaría detenerme sin desconocer que roca y árbol son la doble faz de una misma circunstancia: el hombre y su condición cósmica.

En la pugna entre lo terrenal y lo aéreo que nombra la poesía de Yenny León, el árbol aparece como esperanza. De hecho, desde el principio de este libro —que ganó la beca de creación de la Alcaldía de Medellín en 2012— cuando penetramos el ámbito de la piedra, se dice: “Es en la antigüedad del árbol / en donde nace la espera” [pág. 23]. Y se nos precisa que esta espera tiene razón de ser solo en la medida en que se funde con el dolor de las piedras. La paradoja nutricia, esta simbiosis de lo aparentemente contrario, parece clarificarse al leer: “El bosque inventa un coro de caídas / para quien, cansado / vuelve a levantarse entre sus musgos” [pág. 25]. Luego el árbol se va volviendo el supremo motivo del incendio, del insomnio y del delirio. Estas circunstancias, sin embargo, no lo hacen intolerante e irascible.

El árbol de Yenny León tiene reminiscencias de objeto sagrado, no podría ser de otra manera, pero lo rodea también una atmósfera de aislamiento desolador: “Árbol: / ceniza desesperación / sol imaginario” [pág. 63]. Pero pese a que el sueño del árbol es el fuego y el grito expandido, su esencia es nocturna. Y se podría concluir que el árbol de este libro es el oscuro vigilante de una infancia jamás vivida. Con todo, el árbol, este ser que bordea el cielo y nos hace recordar la evidencia de la caída, parece imponerse con su rasgo benevolente. Luego de haber transitado la realidad de la destrucción, su corazón, “por encima del agua corrompida”, termina siendo “fuego meditativo, hambre congelada” [pág. 54].

En los últimos versos de este libro dewe Yenny León se habla de una condición crepuscular, por no decir apocalíptica: la presencia de un último árbol que muere. Y con su muerte, se produce el apagamiento irremediable del universo. El árbol como principio y fin de lo viviente es una circunstancia que remite al ayer más lejano. Desde

esta perspectiva, los poemas de Yenny León se hunden en esas antiquísimas creencias paganas del árbol como pilar del universo. Como el árbol de las sagas escandinavas, el de estos poemas tiende un puente entre el universo aéreo y los abismos telúricos. Aunque este árbol primordial, prístino ser que roza el cielo con su follaje pero cuyas raíces beben de lo ignoto, estaría incompleto si no se le asocia con la piedra. Mientras esta es el símbolo de la vida estática, aquel está sometido a los ciclos de la vida y la muerte. Tal oposición que nos define es el motivo de la división del libro de Yenny León. Por un lado, “De la piedra y su incendio detenido”, y por el otro, “Del árbol su insomnio”. Incluso diría que un libro como este está insuflado por esa convicción remota de que el ser humano está representado plenamente por la pareja árbol-roca. Esas dos almas, esos dos principios esenciales que nombran nuestra condición femenina y masculina.

Juan Gustavo Cobo Borda tiene razón cuando señala en Yenny León el trágico diálogo entre hombre y naturaleza. Diálogo sesgado por sauces que implosionan, por ramas quejumbrosas, por ríos moribundos, por un polen desvaído. Y es como si todo un palpito de vida estuviese abocado a la desaparición o a la caída. En realidad, hay una tremenda noción de declive en estos breves poemas que intentan conjurarse en la belleza de sus imágenes y en la búsqueda de un silencio que es a la vez oscuro y luminoso. Porque en esta poesía, luz y penumbra intentan el abrazo. Y nos recuerda, como bien dice Octavio Paz, que entre el árbol y la piedra no somos más que una exhalación.

Pablo Montoya